

GRAN COLECCIÓN DE
CUADERNOS BOCHORNOSOS

**EL ISLAM y LA ESPADA:
UNA EMPRESA JUDIA**

*(A propósito del texto citado por Benedicto XVI
en la Universidad de Ratisbona)*

“Todo lo malo que se perpetra en los veinte siglos de historia cristiana debe ser primero y principalmente judaico. Los otros pueblos, los gentiles, si quieren obrar la iniquidad tendrán que venir a la zaga de los judíos; los gentiles, si quieren carnalizar, tendrán que judaizar; así con gran exactitud teológica los Santos Padres llaman judaizantes a los gentiles que diseminan la herejía (...) Después que Cristo fue levantado en alto sobre el monte Calvario, el mundo ha quedado entregado a dos fuerzas verdaderamente opuestas: la judía y la cristiana (...) En el mundo actual, en todas las manifestaciones de la vida no puede haber más que los modos verdaderamente fundamentales, dos polos de atracción: el cristianismo y el judío; sólo dos religiones: la cristiana y la judía. Sólo dos internacionalismos: el cristiano y el judío. Todo lo que no sea de Cristo y para Cristo, se hace a favor del judaísmo. De aquí la descristianización del mundo corre paralelamente con su judaización.”

R. P. Julio Meinvielle, *El judío en el misterio de la Historia*, Ed. Teoría, 4ª Edición, Buenos Aires 1963.

**EDICIONES DEL
ILUSTRE RESTAURADOR**

Navegando en un berenjenal de textos

Cualquier persona que tenga la peregrina idea de estudiar al Islam deberá pasar por dos instancias elementales que, por serlo así, le resultarán tan difíciles como ineludibles: ilustrarse sobre la vida de Mahoma (del árabe *Mohammed, el ensalzado, el digno de alabanza*), su creador, y hacer lo mismo con el *Korán* o *Al Korán (La Recitación)*, que es el cuerpo doctrinario del islamismo. No hay alternativa en esto, si es que se quiere revestir lo que se examina de una mínima seriedad y darle buena base. Obligadamente ocurre esto porque entre la vida de *Mahoma* y el *Al Korán*, y viceversa, existe una relación biunívoca imposible de romper o soslayar. Visto esto así, resultan estos dos elementos de apariencia tan sencilla a los ojos del profano, que uno podría decir: *iré por una ancha avenida que pronto me llevará a conocerlo todo*. Lo que en definitiva constituye el primer error y el incauto cae en el cepo, del cual no podrá zafar ni zarandeándose, sabiendo de antemano que no tendrá ayuda de nadie, incluidos los islamitas que saben menos que uno.

Este meollo es así y no de otro modo, porque hay tantas biografías de Mahoma en castellano y otros idiomas como al lector le guste (como por ejemplo la de los franceses Carra de Vaux y Lammens; de los alemanes Geiger, Grimme, Müller y Wellhausen; de los ingleses Margoliouth, Muir, Weil y Power; etc.). Desde aquellas que están destinadas a la catequesis de los niños, pasando por otras más o menos serias pero disímiles entre sí.

Incursionan muchas de estas biografías en delirios que cuentan hechos extraordinarios ocurridos desde el nacimiento de este hombre: como que detúvose el sol, secáronse los lagos y cayéronse las estrellas. Otros cuentan que, cuando Mahoma era llevado de paseo en brazos de su nodriza, los árboles lo saludaban reclinándose y las piedras, mostrando su alegría, se ponían a bailar y otras más grandecitas le hablaban. Y siendo niño de tan solo cinco años, dos ángeles le abrieron el pecho con un cuchillo de fuego y le sacaron el corazón para estrujarlo, cayendo al instante unas gotas negras que eran la raíz del pecado original. Mire el lector lo práctico que es esto.

Pero, para no fatigar al leyente, omito recordar que el Profeta blandaba las piedras con solo dejar caer sobre ellas unas gotas de agua; que con un puñado de alimentos dio de comer a una multitud hambrienta peores que las pirañas; sus cabalgatas sobre el animal Borah, mitad caballo y mitad mujer; que a una señal de Mahoma el Sol arrojaba luz pero los cuerpos no daban sombra; que los árboles secos se llenaban de hojas y de flores con una sola palabra del Profeta; del ángel de resplandeciente blancura que le apareció para anunciarle su divina misión, cuyos pies se posaban en la tierra y su cabeza tocaba el cielo; y muchos otros portentos como la famosísima *Hendidura de la Luna*, a cuyo estudio me aboqué en su momento, de puro metido y holgazán, abandonándola por recalentamiento del caletre. Porque el lector debe imaginarse algo así: a una orden de Mahoma la Luna se puso a brincar por el cielo, y luego de dar siete vueltas sobre sí misma, bajó hasta la Kaaba y, se reverenció ante sus pies, luego se fragmentó en dos; más tarde cada una de estas mitades partieron hacia oriente y occidente subsistiendo así por mucho tiempo, hasta que un buen día subieron al firmamento juntándose y la Luna volvió a brillar como antes. Recauchutada, dirán algunos, pero Luna al fin.

No faltará alguien que diga que esto es lo colectado por la tradición y no tienen más valor que el que se puede dar a una fábula. Y justamente es lo que no sé hasta dónde son fabulaciones, porque la *media luna* es la venerada enseña que ostentan los que se dicen verdaderos creyentes de la ley mahometana, y el otro emblema de culto es la *cola de caballo* que ostentaba en el final del anca el animal Borah que jineteaba Mahoma.

Dejo para otro más paciente el asunto de los imanes colocados en su mausoleo. Pero recuerdo que de allí viene el llamar Imán a los que ejercen el sacerdocio en esta fe. Así que tampoco es una pavada que se pueda tratar en una sobremesa.

Y estos prodigios ocurrieron hasta su muerte, la cual parece haber tenido ribetes de tragedia. Porque parte de este mundo ingrato a consecuencia del veneno que le dio, en venganza, la judía de Kaibar, hermana del gigantón Maráh, muerto en combate y en buena ley por Alí, general mahometano. Sin que sepamos nosotros cómo el Angel Gabriel (ni los ángeles Miguel y Rafael que siempre andan juntos), no le avisó a Mahoma que el cordero que le sirvieron calentito estaba aderezado con un veneno como para matar una tropilla de rinocerontes en celo. Pero la ponzoña no lo mató: he ahí otro milagro. Sin embargo lo dejó maltrecho hasta que se marchó para juntarse con Alá, de donde no ha regresado. Y dado el tiempo transcurrido no creo que lo haga más.

Poco antes de su muerte había reformado el calendario, restableciendo el año lunar sin intercalación y aboliendo lo que llamaban meses sagrados. La muerte lo sorprendió cuando estaba montando una fenomenal expedición contra el Imperio Romano del Oriente.

Una solución para el desbarajuste de textos

Dentro de aquel conjunto de biografías o semblanzas que aparentan seriedad y cierto rigor, se encuentran las biografías que ensalzan al *Enviado* como una suerte de *demiurgo*, o un *cha'ir madjunn* (el hombre que posee y sabe las cosas), es decir un adivino dominado por los *djinns*, que tiene su paralelo con el *vates* latino (el que hacía los *vaticinios*) que fuera poeta en su tiempo. “Abandonaremos nuestra divinidades, decían (los paganos) por un *poeta* insensato (que era Mahoma)” (*Al Korán*, Cap. XXXVII, versículo 35).

Algunas biografías lo denuestran como estafador y farsante, arrastrando lo que decían los *coraxitas* de su tiempo, así como buena parte de los de su mismo clan, los *huaquimitas* (dentro de la tribu *Coraix*), y no pocos de sus allegados que lo conocían desde su infancia desgraciada en la Meca, donde habría nacido el 5 de mayo del año 570 de NSJC.

A tal extremo llegará el lector desprevenido, que, al final, no sabe con cuál de estos textos quedarse. Lo que a la postre no tiene importancia, porque el Islam, advertido de este desorden, sólo acepta aquellas biografías escritas en árabe y aprobadas por la más alta de las jerarquías islámicas que uno pueda pretender. De hecho, esto decreta que todas las anteriores son apócrifas y que una buena persona debe descreer de ellas.

Lo mismo ocurre con el texto del *Al Korán* traducido al castellano. Ninguno de ellos sirve, porque para que sea legítimo debe estar redactado en árabe y autorizada su circulación por el Islam propiamente dicho, cuya comisión compositora tuvo sede en Khartum (el viejo Jartum, capital del Sudán), aunque dirigida en su estrategia político-religiosa desde El Cairo, para desde allí propagar por toda Africa las consignas del *panislamismo*. Hecho que a su vez trae otro inconveniente, insalvable para bípedos menesterosos como nosotros: hay por lo menos tres *Al Korán* que se arrojan la legitimidad del texto, que son las corrientes de pensamiento islámico conocidas que, por otra parte, son irreconciliables entre sí.

Cuenta J. Bertuel que alrededor de 1963 se llevó a cabo en Mogadisco (el antiguo Mogadishu, capital de la Somalía), un congreso mundial de los musulmanes con asistencia de 34 delegados de distintos países. Ellos fueron los que decidieron la unificación de los medios de propaganda y de enseñanza del islamismo. De este Parlamento nace la idea del *Al Korán* único y escrito en lengua árabe, por lo que se *declaró a esta lengua como el latín de los musulmanes*. “*El árabe –dice la declaración que tengo a la vista-, debe convertirse en el latín de los musulmanes y constituir para el islamismo el fermento de unidad y el factor de universalidad que el latín tuvo hasta ahora en la cristiandad.*”

De manera que vaya usted, sufrido lector, a meterse a desenredar esta madeja con los medios a su alcance, siempre escasos, constreñidos los tiempos disponibles por las obligaciones diarias, escaldados los pies de tanto fatigar en las bibliotecas y los ojos en compota. Y, para desilusionarlo del todo, le recuerdo a quien fuere tozudo en esto, que hasta no hace mucho se consideraba un delito enseñar el idioma árabe a un cristiano. Igualmente, si el osado intentase visitar una mezquita para informarse de las plegarias y de los demás actos religiosos que allí se practican, pondría en grave riesgo su vida.

Para finalizar, y por lo que se ha dicho es poco, aparece otro inconveniente infranqueable como los dichos enantes. Parece que la educación del *Profeta* fue descuidada. En un país en donde se ignoraban las Ciencias y las Artes, ni siquiera aprendió lo poco que allí se enseñaba. Así es que no supo leer ni escribir, o bien se fingió así para que sus oyentes dieran mayor crédito a sus revelaciones, que decía les eran hechas por escrito. La forma de estas revelaciones debía contribuir a que se respetase la escritura, puesto que el mismo Dios se servía de ella. Observe el lector qué Dios previsor era el de Mahoma. Una bellecita.

Al principio, cuando el *Profeta* hablaba en público, los que sabían escribir tomaban apuntes. Más adelante aumentó su séquito con secretarios, haciéndolos coleccionar sus alocuciones, las que luego de darles un cedazo de fina trama, los ampliaba desarrollando asuntos que eran de su interés, posteriormente las compendiaba quedando así listas las peroratas para hacerlas públicas. En esto estaba cuando se vino a morir (en Medina el 8 de junio del año 632 de NSJC), sin que el Angel Gabriel, aquel que comenzó a hacerle revelaciones en el socavón del desierto, le avisase que semejante cosa le iba a ocurrir. No diga el lector que no fue una descortesía por parte del ángel y más tratándose de un socio y amigo.

Por este motivo el *Al Korán* quedó dictado por Mahoma y escrito por sus amanuenses sólo en su primera parte. El mérito de haberlo terminado y formado con él un cuerpo de doctrina, puliendo su lenguaje y mejorando la gramática, es del anciano Abúbequer, el rico comerciante que conocía a Mahoma desde su niñez y luego uno de sus apóstoles-lugartenientes junto con Omar. Que fueran sus seguidores allá por los primeros tiempos, junto con su abuelo Abdal Motaleb, su tío Abú Taleb y sus parientes Hanza y Ahber, en aquellas reuniones en la casa de quien sería su esposa, la rica viuda llamada Cadija, Khadija oJadicha, unos 15 ó 20 años mayor que él que tenía 25.

Ahora bien: con este presupuesto diga el lector que valor, exceptuando el histórico, puede tener este libro que, en definitiva, no fue escrito por Mahoma.

[La espada hecha ley](#)

Sin embargo, y a pesar de todo esto, no se ha podido averiguar, y por ello se ignora, qué hechos determinaron a Mahoma para presentarse como *Profeta*. Así como se desconoce el por qué sus seguidores lo llamaban y aún lo llaman así. Para lo cual dejaré en el deber de mis lectores el incidente del idiota que, desde el fondo de un pozo, como la Sibila del Oráculo de Delfos, comenzó a llamarlo a los gritos de esta manera sorprendente y terminó sepultado bajo la arena, justamente por idiota.

El mismo Mahoma se sentía desposeído del don de hacer milagros y, si le pedían que hiciera uno en testimonio de su apostolado, citaba las victorias que había alcanzado con la ayuda de los ángeles. Que, si se cuentan bien, como yo lo he hecho armado de paciencia, son veintisiete expediciones militares: de conquista unas, punitivas otras, y en ocasiones las dos juntas a la vez; por lo que se lo llamó *el Profeta de las guerras y las batallas*. Y no cuento aquí de aquel nefasto período inicial de sus correrías en que, para vengarse de las persecuciones que le hicieron los idólatras de la Meca, se dedicó a asaltar las caravanas que venían del Oriente, degollando a medio mundo y haciéndose de rico botín.

Fuera de la Península Arábiga donde nació con su fundador, la introducción de esta *religión* en Siria y en Persia, en Egipto y en Africa occidental, fue por obra de la

espada. Aquella doctrina, tantas veces repetida, de que la sangre de los infieles y de los enemigos del *Profeta* era el mejor don que puede hacerse a Dios, tenía a la larga, que redundar en frutos. Y la guerra para convertir compulsivamente o violentar a los que creían de otro modo, tomó, desde un principio, un carácter espantosamente brutal e implacable.

Fue así que, después de las victorias, millares de prisioneros fueron despedazados. No como consecuencia del fragor de la batalla, que podría justificar tamañas atrocidades, sino fríamente, con mucho dolor y sufrimiento, como para escarmentar al más díscolo.

El número de estas víctimas se incrementó por la ley peregrina que decía que las mujeres y los niños eran propiedad del vencedor. El ejemplo de Caled es mejor que cien explicaciones: en una tremenda batalla contra los árabes cristianos y los persas idólatras, prometió a Dios que si le concedía la victoria, sacrificaría a todos los cautivos y con su sangre enrojecería el río. Y cumplió la promesa este fiel acólito.

[La ley hecha espada](#)

Mohamed Schianh Banum, rey de Dekkan (península al sur de los montes Vindhya, en la India), en el año 1368, hizo el voto de no volver a envainar su espada hasta no haber exterminado a cien mil indios infieles, en venganza de un cuerpo de mahometanos que habían perecido en una derrota inflingida en buena ley.

Cuando Renato de Chatillón emprendió una expedición contra las *santas ciudades* de Medina y la Meca, Saladino, puesto muchas veces como paralelo o preferido de los cristianos, sus contemporáneos, le escribió una carta a su hermano Malek Abdel, declarando que eran un santo deber purgar la tierra de aquellos hombres, y hacer morir a todos los cristianos que cayesen en poder de los musulmanes. Como consecuencia de este pedido u orden, parte de los prisioneros fueron arrastrados al valle de Mina, cerca de la Meca, en donde los asesinaron de a uno como ofrendas en lugar de ovejas y corderos. El resto fue transportado a Egipto y puestos en manos de los *sufís*, una especie de ascetas islámicos, que consideraron como obra meritoria que cada uno diese muerte a un prisionero con sus propias manos.

Y fue el mismo Saladino que después de la batalla de Hittin, hizo que los devotos islámicos de su ejército asesinasen a los Templarios y Hospitalarios prisioneros, sólo porque combatían al islamismo en cumplimiento de sus votos, por cuanto creían que aquella era una herejía.

Por esta razón *el nombre de Mahoma está íntimamente vinculado a la espada*, tal cual lo dijo el príncipe bizantino del Imperio Romano del Oriente, agobiado con su pueblo, seguramente, por el terrible cerco impuesto a Constantinopla por lo musulmanes. Los escritores árabes cuentan que el *Profeta* era temible con las armas en la mano y, durante los primeros ocho años que estuvo en Medina (la antigua *Yatreb* a la que Mahoma le cambió el nombre por *Medina al Nabí, Ciudad del Profeta*), estuvo permanentemente de pie, con solo su espada clavada en un tronco de palmera. Piense el lector lo que sería hablarle a un gobernante o a un juez que tenía la cimitarra a dos cuartas de su diestra. Es algo convincente: por eso es que, milagrosamente, Mahoma siempre tenía razón.

Y algo de esto debió existir o ser cierto. Volviendo a los escritores árabes, siempre muy prolijos, dicen que Mahoma superó a los demás hombres en cuatro cosas: *en el valor en la pelea, en la liberalidad de sus costumbres, en el vigor natural* (tenía al momento de morir quince esposas, once concubinas, sin contar a María que se la había enviado de regalo el gobernador de Egipto y que le hizo perder la cabeza al *Profeta*; a pesar de que el *Al Korán* no permitía más de cuatro), y *el vigor para entablar y afrontar luchas* (como por ejemplo contra la mesnada de falsos Mahomas que le salieron poco antes de morir, a los que derrotó y prontamente le crecieron otro centenar, por aquí y por allá, tal cual ocurre con las ortigas en los yuyales).

Entre estos: nada nuevo bajo el sol

Sin embargo sabemos por otros conductos que el texto del *Al Korán* siguió puliéndose en su composición gramatical e inclusive se cambiaron el orden cronológico de los capítulos y, dentro de ellos, la de los versículos, siendo imposible decir cuántas veces fue sometido a esta piedra de esmeril desde aquellas edades hasta llegar a nuestros días. Por lo que es dable pensar y lo repito: ¿qué puede haber quedado de lo que originalmente le dijera Dios al *Profeta* después de sacarle tanta viruta? O bien: ¿por qué modificaron la palabra de Dios que, conociendo su versatilidad, se las había dado por escrito?

Pero sincerándonos, esto no es nada nuevo. A *La Ley o Pentateuco* nuestro, que es la *Torá* de los judíos (la *escrita*, porque hay otra *Torá* que es *hablada*, destinada a explicar en detalle a la *escrita*), compendio de los cinco primeros libros de la Biblia (*Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio*), le pasó algo parecido. En tiempos de Josías el sumo sacerdote Jilquías encontró un libro en el Templo (2 Rey. 22, 8-10 y 2 Crón. 33, 8-18), que era el de la Ley dictada por Dios a Moisés. Con lo poco que de él se pudo rescatar, Josías hizo su reforma religiosa, sobre todo en lo que respecta a la centralización de toda la actividad cultural en el Templo de Jerusalén.

Posteriormente este libro maltrecho fue reconstruido por el sacerdote y escriba Esdras versado en “la Ley del Dios del Cielo” (Esd. 7,21), leído por él al pueblo repatriado de Babilonia en una Asamblea Litúrgica, y comentado por los levitas (Neh. 8, 1-12).

No se sabe el contenido ni la extensión del “libro de la Ley de Moisés” leído por Esdras que es el auténtico padre del judaísmo (y Maimónides su sucesor). Lo único que puede decirse es que se sabe contenía gran parte de lo que es actualmente el Pentateuco.

Pero aquel Pentateuco, que es el actual, ya no fue el mismo que redactara Moisés, y creo firmemente que tuvo muy poco de inspiración divina y sí mucho de este Príncipe de los Doctores. El fue quien recogió los restos de los libros canónicos, los purgó de errores, hizo en ellos adiciones, los distribuyó en veintidós libros, conforme a las letras del alfabeto hebreo, y cambió sus antiguos caracteres samaritanos por los modernos hebreos que son una copia de los caldeos.

Esta Ley de Esdras, como en realidad debería llamarse, llegó a ser una verdadera esclavitud para el pueblo judío impuesta en nombre de Dios (Mt. 23, 2-4 y Hech. 15, 10). Con sus actitudes y sus enseñanzas Jesús va a denunciarla severamente y a corregir estas deformaciones devenidas del pensamiento pretérito e interesado de Esdras. Que en definitiva es la que lo lleva a la Pasión y la Cruz a nuestro Señor y Salvador, porque Caifás y el Sanedrín de Jerusalén lo juzgarán con esta ley y por esta ley.

Dejo al lector que diga qué valor tiene entonces este Pentateuco que fue incorporado textualmente al *Al Korán* en la versión libre de Esdras. Es decir, integraron a su cuerpo doctrinario una versión del Pentateuco teñido de sospechas, una obra recompuesta, cambiada, arreglada y

adulterada hasta en la escritura. Así, tal cual como usted, amable lector, lo tiene entre manos si está leyendo la Escritura, lo poseen los musulmanes.

Como conozco el paño, no faltará alguno que me tilde de hereje. Lamentablemente debo decirles a ellos que esto está advertido, no denunciado, y comentado extensamente por lo exegetas bíblicos del cristianismo a quienes no pasó inadvertido este incidente nada menor. Y dicho esto solemnemente, pongo mis ojos en el Nuevo Testamento, donde descansa mi corazón y mi conciencia de *Cristiano Viejo* como pensaba, pedía y decía Don Quijote.

La Arabia preislámica

Hechas estas disquisiciones y aclaraciones necesarias y suficientes, aunque someras por cierto, podemos lanzarnos sobre el título que ostenta el frontispicio.

El *Al Korán* es el código civil, religioso y militar de los *musulmanes* (nombre que dio Mahoma a sus seguidores, e *islamismo* a su prédica trocada luego en doctrina), el cual sirve de norma invadiendo hasta los menores detalles de la vida del individuo y de la comunidad donde vive.

Esta doctrina, tomada en su muestrario, no presenta ningún orden y ningún conjunto en sus disposiciones religiosas y morales. El espíritu fatalista se encuentra diseminado por doquier. Es un *fatalismo práctico*, hijo de las supersticiones, que otorga una vaga conciencia de cierta *ley suprema ineludible* que pesa constantemente sobre el mundo y de la cual nadie puede escapar. Muy poco de divino se puede descubrir allí, y si dos evidencias que pone de manifiesto mi espíritu crítico, libre e independiente de todo condicionamiento que no sea el de la San Fe, incluido el Concilio Ecuménico Vaticano II, pero no el de los Santos Padres de la Iglesia, y que son a saber: *el orden absurdo de los capítulos, clasificados de acuerdo a su longitud decreciente, que hacen perfectamente ininteligible la lectura del Al Korán, porque se han alterado, adrede, las cronologías de cada uno de ellos; y la ausencia total de novedades doctrinales en estas pretendidas revelaciones de Alá.*

En la Arabia *preislámica* encontramos *tres grupos religiosos* bien diferenciados: el de los *politeístas o idólatras*, el de los *judíos* y el de los *cristianos*.

El grupo *politeísta o idólatra* era el mayoritario, y dominó la Arabia hasta el advenimiento del Islam. Estos visitaban el santuario de la Kaaba, en la Meca, donde se adoraban 360 ídolos pertenecientes a todas las tribus. Los *coreixitas*, eran los dueños de la plaza y de los mercados que allí se celebraban, por considerarse ellos y distinguirlos los demás, como los descendientes legítimos de Ismael, el hijo del patriarca Abraham y la esclava egipcia Agar, y fundador de la raza *ismaelita*, que vendrían a ser la de los árabes por excelencia.

Los de la Meca ofrecían a los nómades, sedentarios, comerciantes, transeúntes y beduinos que concurrían a mercar desde los distintos puntos de Arabia, la posibilidad de ver, tocar y besar la Piedra Negra, empotrada en uno de los muros del recinto de la Kaaba, que se suponía caída del cielo y consagrada al dios Hobal. De paso podían rendirle culto, seguramente en acción de gracias, al ídolo relacionado con su tribu, su parcialidad o favorito, o a un grupo de ellos, como de común se hacía, que los vinculaban con los lazos familiares y el trabajo, siempre azaroso, o con la suerte tenida o deseada.

En cambio hacia el sur de la Meca, digamos entre los *sabeos*, se daba culto a los astros que vendría a ser una creencia idolátrica un poco más refinada y muy emparentada con la que después sería la astrología judiciaria, vinculada en sus inicios con los caldeos, adquirida con el tiempo por los judíos y hoy por los tontos, que es raza o profesión muy extendida y, como se sabe, imposible de extinguir.

Los *judíos*, se encontraban derramados por toda la Arabia sin que faltase un sector donde no hubiese una comunidad formando ghetto, aunque se reconoce a la Meca como la ciudad de mayor densidad en la población hebrea. Ellos habían sido expulsados de la Palestina por el Emperador Tito en año 70 de NSJC. Si Marco Polo los encontró en la China, donde aún se conserva la comunidad; Vasco da Gama se dio con ellos en la costa Malabar después de doblar el Cabo Bajador y si el caballero Pigafetta, compañero de Magallanes, los pudo ver en el Moluco mezclados con los musulmanes, cómo se puede pretender que no existiesen judíos en la Arabia, siendo como es y comparativamente, una vecina de la Palestina, y sus habitantes ostentan como orgullosos blasones el ser hermanastros por la descendencia abrahámica.

El tercer grupo, el de los *cristianos* se encontraba, en esta edad pretérita, bordeando el norte de la península hasta la Meca. Mas siempre fue una minoría insignificante; aunque a la hora de hacer inventario los historiadores los mencionan poniéndolos en pie de igualdad con los dos grupos anteriores que he citado. Así como se menciona que existieron predicadores y misioneros que llevaban la Buena Nueva a estas tribus semibárbaras del desierto. Nada de esto es fácil de verificar, lo que no quiere decir que no hayan existido. Lo que si se sabe, y pudo haber sido posible, es que los únicos cristianos que llegaban a la Península Árabe fueran mercaderes de occidente, sobre todo de vino, que tendrían sus factorías, pequeñas ciudadelas, sobre algunos puntos de la costa y, por qué no, en la misma Meca.

De manera que ya tenemos en esta tierra habitada por los árabes tres clases de hijos: los hijos naturales o bastardos de Abraham; a los judíos que serían los hijos del Patriarca, y a los cristianos, sus hijos adoptivos. Un punto en común demasiado importante que llevó a excitar y poner en discusión el sentimiento religioso nacional y de familia de los ismaelitas. Pero al decir *común* no quiero expresar de *unidad*, porque tal situación trajo una fermentación religiosa, fruto de la mezcla de ideas, que devino en la aparición de numerosísimas sectas casi todas irreconciliables entre sí.

Arrastrados por esta y otras coincidencias, aparecen hacia el Siglo VI algunos espíritus religiosos y creyentes que presentían vagamente un principio divino, superior a todas las divinidades, principio que habría de expresarse por la palabra común a todos los dioses: *Ilahu*, de donde se deriva *Aláh*, el dios por excelencia antes de llegar a ser el dios único. Arabia estaba madura para una gran revolución religiosa.

La prueba de esto es que, aparentemente, Mahoma no fue el único que se dio cuenta de esta feliz circunstancia y junto con él aparecieron sus competidores. Fue así que después de la batalla de Beder, el *Profeta* hizo ajusticiar a Omuraia, hombre muy versado en las Escrituras y posiblemente mejor que Mahoma en carácter y piedad, que también se proclamaba como un *Profeta llamado por Dios*. Más adelante, y tal cual hiciera Moisés con el oficial egipcio dándole muerte por extraña causa, le quitó la vida a Toleicha y, enseguida a Moseilama por traición, que también se decían *profetas* y tenían poderoso ejército de prosélitos, pero detestaban a Mahoma tachándolo de impostor.

Concomitancias judaicas

Como Mahoma pasó su vida rodeado de judíos, desde aquel que le presentara a la cándida viuda y rica Cadija, la que después sería su esposa, pasando por su barbero que le hacía de confesor y consejero (que no se entiende cómo teniendo de interlocutor al Angel Gabriel, necesitaba al barbero para que le musite cosas a la oreja), y terminando en aquella judía de la comunidad de Keibar que le dio la pócima fulminante, es que he llegado a pensar por cierto tiempo, que el *Profeta* era un judío. Lo digo con sinceridad.

Pero aquel niño nacido en el *Año del Elefante*, hijo de los árabes Abdalá ben Abdel-Mutalib y de Amina, no tiene antecedentes de haber pertenecido al *Pueblo*

Elegido del Señor de Israel. Nadie ha consignado esto. Ni sus más acérrimos enemigos, ni sus enconados detractores de ayer y de hoy.

De manera que su afición por los *circuncisos* debe buscarse por otro lado. Y ésta resulta ser Cadija, que muy posiblemente haya sido una judía de la Meca, y su casa punto de reunión y referente en la comunidad, tanto de la sedentaria como de aquella en tránsito, venida desde el interior de la península y portadora de noticias.

La casa de Cadija era visitada por rabinos de la Meca y de otras colectividades judías del interior, tanto vecinos como distantes. Me imagino que aquellos convidados no concurrían para que se les diese, solamente, una hogaza de pan y un poco de agua. También se entablarían diálogos y, dentro de ellos, los religiosos particularmente. Con el tiempo Mahoma, perpetuo oyente de estos coloquios, debió convertirse al judaísmo, recibiendo luego la catequesis correspondiente y cumpliendo todos los preceptos que manda la ley mosaica bajo la estricta vigilancia de Cadija, que haría a la vez de garantía ante la comunidad, de las cualidades y calidades de este individuo que, hasta hacía poco, era un desconocido para todos, incluidos, desde luego, los judíos.

Sobre lo que acabo de decir no hay un solo documento que lo acredite en forma directa. Ni una mención o sospecha. Nada. Pero indirectamente sí. Esto es, deduciendo la *doctrina coránica* y compulsándola con las biografías del *Profeta* no hay otra forma de demostrar los profundos cambios producidos en Mahoma después de su casamiento con Cadija. Que pasa, en unos quince años, de paupérrimo *mercader de camellos* (como lo recuerda Voltaire en su carta del 17 de agosto de 1745, publicada en Ginebra en 1768), perdido en el desierto inhabitable con su tío Abu Taleb, a *Profeta*, sin escalas (ridiculizado por el mismo Voltaire en su tragedia *Mahoma o el fanatismo*, escrita en 1736), haciendo tremolar la media luna del Islam, también en un santiamén, desde las orillas cenagosas del Ganges a las del Garellano.

Según mi tesis Mahoma no fue el que compuso el *Al Korán*. Ya algo he ido insinuando sobre este particular. Pero es una noticia tremebunda: no me la niegue el lector, que es primacía. Pero si además agrego que el libro es de inspiración hebrea, para dar origen al Islam como empresa judía: es el acabóse irremisible.

Decirle esto a un cura moderno, de esos que hay que preguntarle tres veces como a Pedro si son sacerdotes, sería una variedad de suicidio, *porque para ellos es más escandaloso atacar el Islam que poner en duda dogmas fundamentales de la religión católica, que es lo que hacen sistemáticamente*. Ellos son los que, apoyados por las jerarquías eclesiásticas, van logrando con su prédica que la línea que separa al Antiguo Testamento del Nuevo Testamento sea cada vez más delgada, ilegible y confusa. Cuando lo logren, entonces sí, Cristo no será Dios, sino un Profeta más, como lo asegura el *Al Korán*, “porque Dios no necesita mandar un Hijo a este mundo para mostrar su Poder.” A estos curas, por ellos y para ellos, vaya mi más profundo de los desprecios.

Decírselo a los judíos es como certificarles que han vivido eternamente en el error y que han traicionado la Alianza mosaica. Comentarles a los musulmanes que el origen común de su doctrina es el Pentateuco y el Talmud de los judíos, hoy por hoy enemigos acérrimos, pero socios inseparables por más de mil años en correrías memorables contra los pueblos cristianos, sería la hecatombe.

Y el hecho de ser, judíos y musulmanes, enemigos circunstanciales en el presente, es el certificado más propicio a presentar para asegurar su común origen: sus estructuras teocráticas los delatan. Ninguna de las dos hace distinción entre Dios y el César, porque las dos son una teocracia que se pretende absoluta. No soportan ser escindidas. Y si la escisión sobreviene, se atomiza aquel bloque de apariencias monolítica, y cada fragmento se erige como absoluto. De allí los odios enfermizos y las luchas sin fin. De allí, por ejemplo, lo de *shiitas* y *sunnitas* en Irak, que *yanquilandia* (nación calvinista por excelencia), pretende resolver con *manu militaris* y que nadie, con dosis homeopáticas de sentido común, puede entender. De allí la indiferencia del resto del mundo árabe ante la terrible agresión judía

contra el pueblo palestino, resultando que los solidarios tienen huecos en la solidaridad.

Una consecuencia inevitable

El odio profundo que existió y existe contra los descreídos del *Al Korán* junto con la inagotable sed de sangre que se les insufla desde la cuna, son tan evidentes que ni ellos ni el crédito público han podido emanciparlos de estas rémoras espantosas. Así como no han podido liberarse de las abominaciones gentílicas de los sacrificios humanos, que ellos mismos decían habían de terminar, para repetir las hasta en la comarca más lejana donde pudo o puede llegar hoy su brazo.

El odio contra los fieles de otras religiones fue, desde su comienzo y hasta hoy, el nervio motor del islamismo. Si imitásemos a los antiguos sacando consecuencias del pasado para repetir lo bueno y evitar lo malo, y se extinguiese ese odio visceral sostengo que sobrevendría la ruina de todo el sistema. Por eso no puede ahogarse el fogón de esta caldera y, de vez en cuando, hay que arrimarle un tronco para que arda con mayor viveza.

Quien atiza estos hachos no es el viento, es la lectura del *Al Korán*, rebosante de amenazas e imprecaciones contra los que descreen de sus páginas. *También es una consecuencia de una doctrina que proclama a la espada como el instrumento legítimo y santo para verificar la conversión* de los más remisos en aceptar la palabra del *Profeta*. Y es esta doctrina la que ha habituado al musulmán a considerarse en guerra permanente contra los infieles que no sean sus súbditos o que no le pagan el tributo. Estado de guerra que pueden ser interrumpidos por treguas más o menos largas.

Mahoma ha sentenciado que los infieles son todos uno. Es un solo pueblo. De donde viene a resultar que los musulmanes consideran a la especie humana dividida en dos bandos: la de los fieles y la de los infieles. Y a éstos últimos debe obligárselos a creer por las armas o, en su defecto, exterminarlos y, de no ser posible esto, someterlos a tributo.

En verdad, tanto Mahoma como los primeros califas establecieron normas más indulgentes e introdujeron cierta tolerancia a favor de aquellos que poseyeran las Escrituras y, dentro de ellas, muy en particular, el Pentateuco. Me refiero concretamente a los judíos y los cristianos. Pero al poco de andar el islamismo comprendió cuán opuesto era al cristianismo y, desde el llano, vio la montaña que lo separa de esta religión.

Entonces sobrevino la lucha, ya manifiesta, ya hostil, llegando a agravarse el duro yugo que pesaba sobre los cristianos. De manera tal que éstos fueron tratados con los métodos empleados contra los paganos, y por el Dogma de la Santísima Trinidad, fueron considerados politeístas. Vale decir no entendieron ni entienden este dogma y, dado el tiempo transcurrido, no creo que lo entiendan más: al no aceptar al Hijo, se desmiembra la Divina Trinidad y desaparece el Espíritu Santo, quedando sólo el Padre. Que en definitiva es lo que les pasa a algunos curas del *modernismo*; ellos no reniegan del Espíritu Santo, han sido abandonados por El, que es muy distinto. Porque para que el amor entre el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo, descienda sobre cada uno como en Pentecostés, primero hay que tener la Santidad del Espíritu. Cosa que en ellos es falencia grave.

Así, desde los primeros años de la Hégira (la *Huida*), Abu-Sofian, animaba en su discurso a los árabes para dar batalla a los griegos diciéndoles que eran politeístas. Bajo la dominación de los califas la suerte de los cristianos empeoró con vejaciones denigrantes como la ejercida por el abasida Motawkkel (año 850 de NSJC). Se empeoró también contra las persecuciones sangrientas cometidas por el califa Hakem contra los Fatimitas (hacia el 1017 de NSJC), que costó la vida a grande muchedumbre.

Los judíos fueron los aliados incondicionales de los musulmanes. El ejemplo más patético de esta alianza fue la invasión a la Península Ibérica que finaliza con la

Conquista de Toledo por Isabel I de Castilla, *La Católica*, la expulsión de los judíos y la posterior de la morisma. Por supuesto que los judíos les hicieron las mil y una a los musulmanes y éstos se las devolvieron palmo a palmo, pero siguieron siempre aliados en la Hispania y en frente, todo el Magreb y el Marruecos.

En el Siglo XI los turcos abrazaron espontáneamente el islamismo. Y sea porque sirvió de base la presencia asombrosa de judíos en Constantinopla, por el vigor de los turcos en sus creencias, la fecundidad de su raza, por la ciega obediencia a sus jefes y, finalmente, por la tenacidad de su perseverancia, pasaron a ser el más firme sostén del Islam. Así fue que al caer Constantinopla, la ciudad y puerto sobre el Bósforo pasó a llamarse Estambul y sus dueños absolutos los judíos y los turcos otomanos de la Sublime Puerta, asolando las ciudades cristianas del mediterráneo y llegando a golpearles las puertas a los europeos en la mismísima Hungría, amenazando Austria y la Alemania. Simultáneamente y en punto tan álgido de Europa, les apareció Lucero, antiguo amigo de los hebreos y de los Rosacruz: otra herejía. Es que en la Historia no hay puntada sin nudo, ni nudo sin puntada.

[La conciencia cristiana frente al Islam](#)

Hasta principios del Siglo XX la Iglesia no había cambiado su posición y su crítica a la religión musulmana. *“Se puede afirmar sin temor a equivocarse –decía el R.P. Gondal hace más de cien años- que el mundo religioso no es acreedor a Mahoma ni de una idea, ni un sentimiento, ni una práctica. Lo que el Profeta enseña, recomienda o prescribe, otros antes que él lo habían enseñado, prescrito y recomendado. La constitución teocrática que ha dado a su pueblo es solo una caricatura poco hábil de la constitución del pueblo judío (...) Mahoma fue, en definitiva, más un eco que una voz.”* (R.P. I. Gondal, *Mahoma y su obra*, Capítulo titulado *El cocinero de la obra del genio del mal*, Paris 1901).

Pero aquella Iglesia que pedía Nuestro Salvador Jesucristo compendiada por ejemplo en Mt. 7,15-20; Mt. 10,15; Mt. 10, 34-35; Mt. 12,30; Mt. 16,6; Mt. 16,24; Mt. 18,14 y Mt. 23, 13-32; etc., y repetida en los otros evangelios, los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas Apostólicas, repito, esa Iglesia ha cambiado de postura. Ahora hay otra Iglesia, la que pide *diálogo y servicio, que es justamente lo que no pidió Cristo, ni los Santos Apóstoles y menos los Padres de Iglesia que estoicos se enfrentaban cara a cara con el martirio. Un diálogo en el que se procura eliminar toda pretensión a tener la verdad. Y un servicio que, en la práctica, va en detrimento de nuestra civilización y, finalmente, contra el prestigio y la influencia católica en los países de misión. Sobrevolando sobre todo esto se encuentra el terror de ser tildado, al que se aparta de estas consignas, de fundamentalista* (neologismo que además está pervertido por la prensa venal), *que es algo que se equipara a la lepra o a los sífilicos. Se acepta más al pederasta que al fundamentalista. Porque entre los dos el degenerado es el fundamentalista. ¿Qué fue Santa Juana de Arco?: una degenerada. ¿Qué fue San Ignacio de Loyola?: un degenerado.*

De manera que a los ojos secularizados parecería que la principal preocupación de los misioneros debería ser el cultivo de los valores profanos: enseñanza neutra, sanidad, técnica y desarrollo material, que en definitiva es lo que hacen, o pretenden hacer, los innumerables *expertos* que envían las organizaciones crediticias a los países subdesarrollados o superexplotados: enseñarnos a vivir en el chiquero.

De aquella Iglesia Misionera, la del Apostolado, para la conversión de los infieles, sólo quedan vestigios, hilachas, porque han sido substituidas por *las mesas de diálogo*. La Iglesia ha pasado de ser parte *actora* en la Historia a mera *espectadora* de lo que se hace o deja de hacer. La posición de los cristianos en el actual conflicto árabe-israelí es la prueba más acabada de lo acabo de decir: ciertos Santos Lugares, exclusivos del cristianismo, permanecen en manos de los infieles y algunos de ellos han sufrido estragos causados por la guerra, otros cerco y

asedio, y ciertos espacios violación, sin que a nadie, al menos conocido, se le mueva un pelo.

Los aires modernos que corren en la Iglesia, son los que se asientan en la *hipótesis progresista*. Es esta idea peregrina la que se basa en un *sentimiento optimista* que imagina que los pueblos islámicos han de seguir, necesariamente, una evolución idéntica a la de los pueblos cristianos: laicismo, primacía del aspecto económico y desarrollista, desprecio a sus tradiciones, entusiasmo por la ciencia y el progreso y, finalmente, abandono de sus características propias para marchar hacia un mundo homogéneo y uniforme (el pacto propuesto por Darmstetter en 1892, hecho a imagen y semejante del hereje Joachim de Fiore) bajo el signo del hedonismo.

Un brochazo final y despedida

Son varios los islamólogos que reconocieron la existencia en el *Al Korán* de relatos emparentados con el Pentateuco, misturados con leyendas rabínicas, mechados con partes de los evangelios apócrifos y una moral calcada sobre la tendencia judía. Pero no se trata de meros relatos relacionados y nada más. *Se trata del más serio intento de convertir a los árabes al judaísmo y no de fundar una nueva religión como cualquiera pudiese pensar*. Y crea el lector que no se tratan de simples y fortuitas coincidencias. No. Este tema es demasiado serio.

Los musulmanes, sin alternativa, debieron acusar recibo de esto. Pero intentaron explicarlo diciendo que al ser Dios Único se reveló en el Pentateuco y en el *Al Korán*. No diga el lector que no fue una buena excusa, para zafar por lo menos.

De donde mi testa, que tiene la imagen de Dios formada por los Padres Jesuitas, se formula esta pregunta: ¿cómo es imaginable que Dios haya repetido mezclados algunos fragmentos de su Revelación al pueblo de Israel, junto con leyendas judías, todo ello deformado, a menudo confundido y materializado? Esta es la prueba más firme a presentar de que el Yahvé de Moisés no puede ser el de los árabes.

En este caso hubo, necesariamente, un *intermediario* entre la *Torá* y el *Profeta*. Y éste debió ser un rabino de la Meca, visitante asiduo de la casa de Cadija y que se obligó ver, en el hasta hacía unos días un beduino ignorante, condiciones para llevar al frente tamaña empresa. En esto no se equivocó, pero le salió el tiro por la culata.

Este rabino fue el encargado de predicar a Mahoma la *Torá* escrita y la hablada. El inspirador del Profeta no fue Dios único ni el ángel Gabriel, sino simplemente un judío, un rabino erudito, teólogo, bilingüe y pedestre, que organizó su discurso en catequesis para convertir a los árabes al judaísmo. *En el mismo Al Korán ya consta que los detractores de Mahoma decían que su maestro no era Dios sino un mortal* (Capítulo XVI, versículo 105). Y el rabino le había dicho y repetido que cada nación había tenido su profeta y cada período su libro. Lo que yo creo el principio de su fin.

Con estas conclusiones nos animamos a preguntar: ¿no es el islamismo un subproducto del judaísmo, una religión marginal? Entonces el *Al Korán* tiene un valor histórico y no tiene ningún valor propio. Si esto fuese así, se derrumbaría el Islam y quedaría nuevamente los judíos y cristianos. Por lo que aquello de “*las tres religiones monoteístas*” no es nada más que una vulgar cháchara periodística y, por definición, mendaz.

Ahora bien, dirá el lector exangüe a esta altura, ¿y cómo devino lo que después sabemos? Ocurrió que los árabes tuvieron entre manos *su* libro sagrado escrito en *su* lengua y *su* profeta. Entonces debió sobrevenir el nacionalismo o el orgullo árabe. Y Mahoma se dio cuenta, al mismo tiempo, que sus paisanos no habrían de aceptar la fusión con los judíos ni someterse a su autoridad. Esta es la causa por la que se erigieron en comunidad autónoma frente a los *Predilectos Hijos del Señor de Israel*. Arabia era depositaria de las revelaciones divinas y en lugar de buscar la dependencia judía, se lanzó a conquistar su autonomía. Nacieron así los sueños de

dominación, síntomas de cierta desviación que se pueden notar al fin del período de la Meca.

De manera que sea por Abraham y Agar, por el beduino y Cadija, por el Rabino de la Meca y el Profeta, los árabes y los judíos son algo más que hermanastros.

El presente texto se terminó de redactar deliberadamente el 29 de septiembre de 2006, día de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael para que siempre conste.